

ATALAYA DE LA HISTORIA

No todos fueron culpables

Fernando VALERA

(Jefe del Gobierno de la República Española en el exilio.)



Fernando Valera (a la izquierda),
con el Presidente de México, López Portillo.

CUADERNOS

PARA EL DIALOGO

quiere rendir
hoy público homenaje
a la gesta histórica
de los miles
de exiliados españoles
que durante más
de cuarenta años
trabajaron
por la libertad
de nuestro país
en un ejemplo
de dignidad
y lealtad
con escasos precedentes
en la Historia
contemporánea.

Las inminentes
relaciones
diplomáticas
España-México
supondrán, de hecho,
la desaparición de
la República Española
en el exilio.

Al margen de cualquier
valoración política
de este acontecimiento,
y a propósito
del texto que nos envía
para su publicación,
don Fernando Valera,
jefe de Gobierno
de la República,

Hasta la prensa de Estados Unidos ha trascendido la polémica en que se ocupan los periódicos de España, removiendo la sangre derramada durante la guerra civil por el terrorismo revolucionario de uno y otro bando. "Los fantasmas de los muertos ladran hoy de nuevo a Santiago Carrillo, a quien la propaganda fascista atribuyó en su día la matanza de Paracuellos", leo en un periódico americano. En vano el secretario general del Partido Comunista Español, como tantos otros de sus compatriotas, se afanan por dejar atrás las alucinaciones de la guerra. "Enterrad de una vez a vuestros muertos" se oye decir a veces a las nuevas generaciones que no vivieron aquellos horrores pues los espectros vuelven siempre, en cuanto se remueve un poco la tierra en los inmensos osarios de los mártires insepultos. Y es que la guerra de España, como drama de dimensión universal, no puede ser enterrada en la conciencia atormentada de la Humanidad mientras no sea reparado el crimen cometido con España. Y no vamos camino de ello.

Claro es que yo no quiero creer que Santiago Carrillo tenga responsabilidad directa alguna en la matanza de Paracuellos, como parece sugerirlo el historiador franquista Ricardo de la Cierva, cuyo padre, el insigne inventor del autogiro, fue fusilado allí en la madrugada del 7 de noviembre de 1936. "Nada será más grato para mí, poder convencerme de que el señor Carrillo no es el asesino de mi padre". Carrillo no quiso contestar a esas insinuaciones, porque para hacerlo debidamente, además de negar el hecho, tendría que desenterrar a los doscientos mil muertos que fueron ejecutados des-

pues de la guerra civil y evocar a los otros muchos millares de españoles asesinados en la otra zona durante la contienda.

Yo no quiero entrar en ese certamen de atrocidades. En la guerra de España no hubo ni más ni menos ferocidad que en todas las guerras civiles, en todos los tiempos y latitudes. Lo que no acepto, lo que rechazo indignado, por insincero, y porque para mí constituye la prueba de que el espíritu de facción no se ha desarmado todavía, es el argumento del "más eres tú"; lo que no puedo dejar sin respuesta es ese grito del señor De la Cierva, citado por James M. Markam, en reciente crónica del "International Herald Tribune", de 12 de enero: "Todos fuimos asesinos".

Como recuso también aquél otro slogan, igualmente inaceptable, con que mi amigo Juan Simeón Vidarte, titula su, por otra parte, excelente y bien documentado testimonio de su guerra de España: "Todos fuimos culpables".

No. Es muy cómodo consolarse ahora, diluyendo con dimensión universal, la culpa y el arrepentimiento, adoptando el epifonema de Alberto de Lista: "Llorad, humanos; todos en El pusisteis vuestras manos". Es muy cómodo, pero inexacto e inaceptable. Porque en el caso de España hubo quienes no fueron asesinos, a pesar de estar sumergidos en la epidemia de criminalidad que invade toda sociedad inmersa en una guerra civil, ni fueron tampoco culpables de haber acumulado la leña del odio fratricida que necesariamente había de desencadenar el incendio. Si muchos de los que ahora se percatan, con cuarenta años de retraso, de que existen unas normas de convivencia civilizada

propia del hombre libre lo hubieran comprendido así en 1936, cuando los republicanos preconizaban una política de paz, basada en el estricto acatamiento a la Constitución, probablemente no habría habido ni sublevación militar, ni revolución social, ni intervención extranjera, ni cuarenta años de implacable dictadura.

No más de veinte días antes del 18 de julio, en el Congreso de Unión Republicana que presidía don Diego Martínez Barrio, se pronunciaba un emocionado discurso que electrizó al Congreso, exorcizando el fantasma de la guerra civil inminente, con invocaciones a la fraternidad nacional y a la paz ciudadana, frente a las veleidades de dictadura fascista que apetecían los precursores y maestros de Adolfo Suárez, futuros aliados de Hitler y Mussolini y frente a las amenazas de dictadura del proletariado y dependencia de Moscú que entonces propugnaba con ardor juvenil Santiago Carrillo.

Hubo, pues, quienes no fuimos culpables. Hubo, además, quienes, no sólo no fueron asesinos, sino que se batieron con heroísmo, de que los historiadores no parece que se hayan dado cuenta todavía, execrando en zona republicana el terrorismo revolucionario, para poner coto a las andanzas de los criminales no controlados por ellos...

Y no deja de ser abominable que a la hora de la reconciliación y el olvido, parece como si existiera una especie de acuerdo tácito entre los antagonistas de ayer para eliminar de la escena de la Historia y marginar de la renaciente democracia a quienes no fueron ni culpables ni asesinos: a los republicanos. ■